

POESÍA GRIEGA MODERNA

Por Horacio Castillo
(Vinciguerra)

Debemos a Grecia la fundación de la literatura occidental. Le debemos también algunos de los nombres mayores en la poesía del siglo XX. En orden cronológico y de mérito: Cavafis, águila solitaria en las máximas alturas del Olimpo; Seferis y Elytis, raro caso de dos poetas compatriotas de una misma generación galardonados con el premio Nobel (como los italianos Quasimodo y Montale); Ritsos. Fuera de estos pocos nombres que han trascendido sus fronteras, poco y nada se conoce en nuestra lengua de la poesía griega moderna.

Horacio Castillo, de extensa trayectoria como poeta y traductor del griego moderno, ha arrostrado la loable tarea de seleccionar y traducir poemas no sólo de los arriba mencionados, sino también de algunos de los contemporáneos de ellos y de quienes vinieron luego. Como toda obra de estas características, constituye una suerte de introducción panorámica, a vuelo de pájaro, pero a una región para nosotros casi desconocida e inexplorada hasta ahora. De modo que nos permite ubicar a los nombres conocidos en su contexto.

Dentro de las limitaciones que impone a la opinión el compendio panorámico, la impresión general es que quienes se han destacado por sobre los demás lo han hecho por mérito poético. El resto, sin desmerecer en ningún momento del formato libro, no alcanza la magnitud de lo ya conocido. Aunque hay, sin duda, alguna rara gema, como “Eunuco” de Aris Dikteos, o “Antígona intercede por Edipo” de Dinos Christianópulos, o versos sueltos como estos de Nikos Lázaris: “¿Quién cava por la noche su celda / y se encuentra a la mañana en otra?”

Castillo, en sólo seis páginas de introducción, resume con admirables claridad y sencillez los avatares lingüísticos, políticos y poéticos en que se funda la poesía griega moderna y su desarrollo. Mención especial merecen sus traducciones: cuando quien traduce poesía es un poeta, y más aún uno que ha sabido transitar las sonoridades de su propio idioma, lo que se nos ofrece no es la resignación al residuo de algo que fue poesía en su lengua de origen, sino la poesía misma, que se halla no menos a gusto en la lengua de destino. No es ocioso este comentario, pues la poesía griega moderna no ha sido muy afortunada con sus traducciones al castellano.

Por haber contribuido a la concreción de esta valiosa obra, que permite la difusión en el extranjero de su cultura, y por haber así apostado a un negocio tan poco rentable como la poesía, vaya una última mención de honor para el Instituto Griego de Cultura (Buenos Aires) y la Fundación de la Cultura Helénica (Atenas). (294 páginas.)

Pablo Ingberg